

burgo y Brema, con más el material que á los ingleses se les había cogido en Hannover. A la ciudad de Francofort se le impuso una contribución de cuatro millones, como por vía de un subsidio que ella hubiera debido pagar á ejemplo de Baden, de Wurtemberg y de la Baviera. De manera que á más de esos valores considerables se iban á recibir también cantidades notables de metales preciosos, y por lo que hace al numerario como á los demás puntos, iba á convertirse en abundancia aquella escasez momentánea que trajeron la sincera inquietud del comercio por una parte, y por otra la inquietud simulada del agio.

Napoleón, ese genio organizador que jamás quiso dejar á las cosas la apariencia de lo casual, dándose continuamente á convertirlas en instituciones duraderas, vino ahora á imaginar una hidalga y esmerada creación á cuenta de los beneficios muy legítimos (1) de sus victorias, una tesorería del ejército donde entrarían los rendimientos de las contribuciones de guerra.

A los fondos de esa tesorería nadie había de tocar bajo ningún pretexto, ni aun el mismo Napoleón podría usar de ellos, ya que con la dotación que se le tenía señalada y que se administraba con admirable orden, podía hacer frente á los gastos de una corte espléndida, y aun sobrar para ir formando un tesoro particular. Lo que Napoleón se proponía era aplicar esos fondos para dotar á sus generales, á sus oficiales y soldados, en fin, á las viudas é hijos de todos los militares, pues no quería ser solo en los gozes de sus triunfos, sino que todos cuantos hubiesen servido á la Francia y al desarrollo de sus vastos designios adquiriesen sobre la gloria un bienestar seguro; y ya que á fuerza de heroísmo se habían acostumbrado á correr á los campos de batalla con entera abnegación de sí mismos, que por lo menos nada tuvieran que temer del porvenir de sus familias. Ese genio tan fecundo halló en esta ocasión el arte de multiplicar la utilidad de las cosas, descubriendo una combinación que hacía el tesoro del ejército tan beneficioso al Estado como á los mismos militares. Se había carecido hasta entonces de un prestamista que socorriese al gobierno bajo condiciones equitativas; pues ese prestamista había de ser en adelante el tesoro del ejército, y el mismo Napoleón tomaba por su cuenta el arreglo de las exigencias del Estado. El ejército iba á entrar en posesión de cincuenta millones en oro y plata; el Estado le debía otros veinte por atrasos de sus sueldos, y contaba además con un considerable valor en el material de guerra que él mismo había ganado al enemigo. Se traían de Viena dos mil piezas de artillería y cien mil fusiles, de suerte que entre el valor de ese material y las contribuciones de guerra se completaba una suma de ochenta millones, propiedad del ejército, y con la cual socorrería las necesidades del Estado en calidad de préstamo. Napoleón ordenó que pasara á la Caja de amortización cuanto metálico estuviera ya disponible respecto á aquella suma, y que ese establecimiento abriera cuenta separada empleándola en el descuento de las obligaciones de los recaudadores generales, de los bonos á vista y de las libranzas de las aduanas, siempre que los capitalistas sa-

(1) En nuestro pobre sentir son otros muy distintos los títulos con que se adorna la verdadera legitimidad, á no ser que la ilustración moderna quiera convertir en racional el derecho de la fuerza.

(N. del T.)

liesen exigiendo más de un 6 por 100, ó ya en la adquisición de bienes nacionales cuando se viese que se ofrecían á vil precio, ó en fin, en la compra de títulos con interés, si acaso le pareciese oportuno el contratar un empréstito para cubrir los atrasos.

Por consiguiente dos ventajas ofrecía esa combinación; se le procuraba al ejército un interés constante en su dinero, y el gobierno encontraba en ese dinero el remedio contra sus urgencias á un precio exento de usura.

La existencia de esos fondos á disposición de Napoleón dió margen inmediatamente á varias medidas de importancia. Consistía una de ellas en poner una docena de millones en Strasburgo, por si se hiciese necesario emprender de nuevo las operaciones militares; porque si el Austria había firmado la paz, la Rusia no había comenzado todavía á negociar la, la Prusia no había enviado la ratificación del tratado de Schoenbrun, y la Inglaterra seguía sus manejos políticos con su acostumbrada actividad. Ordenó también á la Caja de amortización que guardase algunos millones, y sin que se pudiese saber cuántos, reservándolos para ponerlos de repente en circulación siempre que los especuladores saliesen pretendiendo estrechar el curso ordinario de la plaza. Era de sentir que el Tesoro debía imponerse esa especie de sacrificio, al modo del que va impuesto en las paneras reservadas para atajar la escasez, y que los intereses perdidos por tener atesorados aquellos fondos, ni debían sentirse, ni carecían de utilidad. En una palabra, como las monedas extranjeras debían ser acuñadas de nuevo para que se convirtieran en dinero francés, todas cuantas entraban fueron distribuidas entre las diferentes casas de moneda, y en proporción con la falta de metálico que se notara en cada provincia.

Una vez arregladas esas primeras disposiciones de mayor urgencia, Napoleón ordenó que sin pérdida de tiempo se entrase en un nuevo arreglo de la tesorería y del Banco de Francia, encargando esa misión á Mr. Mollén, nombrado ya ministro del Tesoro. Mr. Godin que conservó constantemente el ministerio de Hacienda, pues no se habrá olvidado que en aquella época formaban dos ministerios distintos el de Hacienda y el del Tesoro, Mr. Godin, decimos, recibió orden de presentar un proyecto para liquidar los atrasos y nivelar de una vez las rentas con las cargas en la doble hipótesis de paz y de guerra, aun cuando el negocio reclamase la imposición de un nuevo tributo.

Tras esas medidas en mejora de la hacienda, Napoleón atendió á la vuelta de su ejército á Francia, disponiendo que se cumpliera sin priesa, sin andar más de cuatro leguas por día. Tenía ya ordenado que los enfermos y los heridos quedasen hasta la primavera en los puntos donde comenzaron á curarse, que los oficiales no los desamparasen tampoco, sino que atendiesen con esmero á su curación, tomando para ello los fondos necesarios en las cajas del ejército. Berthier había quedado en Munich con cargo de vigilar todos esos detalles, y presidir al traspaso de territorios siempre tan controvertidos entre los príncipes alemanes. Respecto á este último punto debía Berthier marchar de acuerdo con Mr. Otto, nuestro representante cerca de la corte de Baviera.

He aquí las medidas que tomó Napoleón en seguida

contra el reino de Nápoles. Massena, que traía consigo cuarenta mil hombres sacados de la Lombardia, recibió la orden de dirigirse por la Toscana y por la región más meridional del Estado romano, é invadir el reino de Nápoles sin escuchar proposiciones de paz ni de armisticio. Napoleón, en la incertidumbre de si José rehusaría la corona de las Dos Sicilias como ya había rehusado el virreinato de la Italia, no quiso dar á su hermano más título que el de su lugarteniente general; pero José no había de mandar las tropas, sino Massena solo, porque aun cuando Napoleón sacrificara á las exigencias de familia los intereses de la política, no con igual facilidad sacrificaba los de las operaciones militares. Lo que debía hacer José, una vez que Massena le hubiese puesto en Nápoles, era encargarse del gobierno civil del país y ejercerle con real soberanía.

El general Molitor fué despachado al mismo tiempo hacia la Dalmacia, llevando á retaguardia á Marmont que debía apoyarle en su marcha. Este último jefe había de recibir de mano de los austriacos Venecia y los Estados venecianos, cuyo gobierno y administración dirigiría el príncipe Eugenio sin incorporar los aún al reino de Italia, cosa que debía verificarse más tarde, porque Napoleón no quería descubrir ese intento sin haber concertado de antemano con los representantes de aquel reino ciertos arreglos que sin duda haría difíciles una incorporación anticipada.

En una palabra, deseando Napoleón exaltar el espíritu de sus tropas, y comunicar igual entusiasmo á toda la Francia, determinó que el grande ejército viniese todo reunido á París para la magnífica fiesta con que se proponían obsequiarle las autoridades de esa capital. Eso solo basta para formarse idea del estado de la nación festejando á su ejército, y encomendando á los habitantes de París el cuidado de obsequiar á los soldados de Austerlitz.

Mientras que de esa manera regía la administración de su vasto imperio, haciendo que se sucediesen las esperanzas de la paz á los temores de la guerra, no perdía Napoleón de vista el tratado de Presburgo ni el de Schoenbrun. La Prusia particularmente tenía que ratificar un tratado harto imprevisto para ella, pues que Mr. de Haugwitz que venía á Viena para dictar condiciones, tuvo que aceptarlas él mismo, y en lugar de dar la ley á Napoleón recibir la de éste, volviendo á su corte con un tratado de alianza ofensiva y defensiva con la Francia, ya que á decir verdad, compensado con un rico presente, el Hannover.

No es fácil formarse idea de la sorpresa que cogió á la Europa, ni de los diversos sentimientos de gozo y de pesar, de codicia satisfecha y de vergüenza, que asaltaron á la Prusia al enterarse del tratado de Schoenbrun. Con frecuencia se le había insinuado al público de Berlín que tan pronto la Francia como la Rusia andaban ofreciendo al rey el electorado del Hannover, que sobre la ventaja de redondear el territorio de la Prusia, tan desigualmente trazado, llevaba la de asegurar el dominio del Elba y del Wéser, y además una influencia decisiva sobre las ciudades anseáticas de Brema y Hamburgo. Ese don con que tantas veces se le había convidado á la Prusia era ya una adquisición real y verdadera, un hecho cumplido, un motivo de extremada satisfacción, sobre todo para un país el más ambicioso

de todos los de la Europa. Pero en pago de ese don, ¡qué de confusión, digámoslo de una vez, cuánta vergüenza iba á costar á la Prusia esa conducta! Aunque de mala gana accediera á las instancias de la liga, al cabo se había comprometido á seguirla si en el término de un mes no aceptara Napoleón la mediación prusiana y las condiciones de paz que se pretendía imponerle, cosa que equivalía tanto como á una declaración de guerra. Y de repente, como viera á Napoleón en Moravia, no rodeado de cuidados, sino prepotente, á Napoleón vuelve sus miras, acepta su alianza, y recibe de su mano el más rico despojo de la coalición, el Hannover, patrimonio antiguo de la corona de Inglaterra.

Preciso es decirlo, ó no existe honor en la tierra, ó semejantes cosas no pueden pasar sin el castigo de una pública reprobación. Así es que la nación prusiana, porque es preciso hacerla esta justicia, comprendió cuánto tenía de vituperable la conducta de su gobierno; y no obstante el valor de la joya que Mr. de Haugwitz le llevaba, no pudo menos de acogerla con el alma traspasada de dolor, y con la vergüenza pintada en el semblante. Ya se hubiera borrado esa vergüenza de la memoria de los prusianos, no quedándoles sino el contento de la adquisición, si contra el remordimiento no salieran nuevos disgustos que acibararon la satisfacción de que hubieran debido gozar. Los prusianos miran á los austriacos con una envidia despedazadora; pero desde que los vieron derrotados ya los compadecieron como si fueran ellos mismos alemanes, en cuya calidad se sintieron no menos irritados contra los franceses que los rusos ó los ingleses, causándoles nuestros extraordinarios triunfos un despecho doloroso. Comenzaba pues su patriotismo á ponerse de parte de los austriacos, y esto junto con los remordimientos de su veleidosa conducta producía en toda la nación un descontento unánime. No es el ejército de Prusia tan impasible como el de Austria, antes recorre y pesa todas las pasiones nacionales con extremo ardor; representa al país mucho más de lo que los ejércitos de otras potencias, excepto el de la Francia, y en aquel tiempo era el representante de un pueblo cuya opinión iba con sobrada independencia de sus soberanos. Ese ejército no menos celoso de nuestras glorias que los mismos alemanes, y que había contado entrar bien pronto en la carrera de los combates, sin miramiento ni rebozo comenzó á vituperar la conducta de su gobierno, que de repente salió cerrándole aquella carrera por medio de un acto que nada podía justificar. La aristocracia alemana que veía la ruina del imperio germánico en la paz de Presburgo, y sacrificada la causa de la nobleza inmediata á los soberanos de Baviera, de Wurtemberg y de Baden; esa aristocracia, que ocupaba en la milicia los empleos más elevados, contribuía mucho á excitar el descontento del ejército, y se hacía el órgano exagerado de sus quejas, ya en Berlín, ya en Potsdam, sobre todo entre la camarilla de la reina, convirtiéndola en un centro de oposición turbulenta. El príncipe Luis, que era el jefe de esa camarilla, se deshacía más que nunca en declamaciones quijotescas. No por contentar los intereses de dos pueblos queda su alianza asegurada; para esto importa satisfacer al amor propio de ambos, y esta última condición no es tan fácil de realizar. En aquella época la Prusia era la sola potencia de la Europa cuya

política hubiera podido aunarse con la nuestra; mas se habría necesitado de muchas contemplaciones con el excesivo orgullo de los herederos de Federico el Grande, y por desgracia la conducta débil, ambigua y tal vez desleal de su gabinete, no se hacía merecedora de los miramientos que exigía la sensibilidad de ese pueblo.

Napoleón contaba ya seis años de relaciones siempre infructuosas con la Prusia, y por consiguiente había contraído el hábito de no guardar con ella ninguna especie de consideración. Acababa de probarlo invadiendo una de sus provincias (verdad es que á ello le autorizaban los antecedentes) sin siquiera darle aviso; y más lo probó todavía mostrándose tan poco sentido de su mal porte, que con deber reprenderla indignado el pacto de Potsdam, salió concediéndola el Hannóver, en cuya donación parecía querer decir que aquella potencia no era buena sino para venderse al que más le ofreciera. Por lo mismo estaba la Prusia, y con razón, soberanamente resentida de ese proceder.

Demasiado reconoce el corazón humano todas las reconvenções de que se ha hecho merecedor, y más aún si da con quien se las disimule. La Prusia creía pues que Napoleón había propalado contra ella las quejas á que ella misma había dado margen. Se aseguraba en Berlín que el emperador había dicho á los plenipotenciarios austriacos, cuando éstos se jactaban de tener el apoyo de la Prusia:—¿La Prusia? La Prusia es del que más dé; si soy yo más generoso que ustedes, abrazará mi causa.—Posible es que tal fuera el pensar de Napoleón; acaso así se le manifestara á su ministro Talleyrand; pero él sostuvo siempre que nunca tal dijo á los austriacos. Como quiera, en todo Berlín se repetía ese propósito como cosa enteramente averiguada. Al cabo de cuenta, mal hizo la Prusia en no tratar de granjearse las consideraciones de que quería gozar, y mal hizo Napoleón en no otorgarla esas consideraciones más que no las mereciera. Ni aliados ni amigos no se adquieren sino con condición de contemplar su amor propio y no herirlos en sus intereses, con condición además de que aun cuando reconozcamos sus sinrazones y nos lleguen á lo más íntimo del alma, no los hemos de pagar en la propia moneda.

Con un rico presente se presentó en Berlín Mr. de Haugwitz, y sin embargo fué acogido con sentimientos harto diversos, por la corte con enojo, por el rey con dolor, por el público entre una suerte de contento y de vergüenza; en una palabra, á nadie satisfizo completamente. Por lo que personalmente toca á aquel plenipotenciario, nada diremos sino que se presentó ante sus jueces sin ninguna especie de empacho. Volvía de Schoenbrun con aquello mismo que él había aconsejado constantemente, es decir, con el engrandecimiento de la Prusia fundado en una alianza con la Francia; sin que se le pudiese echar en cara otra cosa que el haberse doblegado instantáneamente al imperio de las circunstancias, lo cual le exponía á una especie de contradicción harto palpable, pues se presentaba ahora con el tratado de Schoenbrun ajustado y firmado por él mismo, cuando no hacía sino un mes que ajustó y firmó igualmente el tratado de Potsdam. Mas de esas circunstancias la culpa debe recaer en su inhábil sucesor, en su ingrato discípulo Mr. de Hardenberg, pues él fué quien las trajo, complicando de tal suerte las relaciones de la

Prusia en muy pocos meses, que no era posible salir de semejante laberinto sin incurrir en chocantes contradicciones. Por otra parte, ya que Mr. de Haugwitz se dejara arrastrar del torrente durante un instante, ninguno se apartó de él con más presteza, y al fin acababa de salvar á la Prusia del precipicio en que por poco no la arrastraron los malos consejos. Importa también tener presente que por grande que fuera en Potsdam la seducción de Alejandro, todavía se cuidó de recomendar á Mr. de Haugwitz que procurase no comprometer la Prusia en la guerra antes del fin de diciembre, siendo así que el 2 de ese mismo mes ya campeaba triunfante é irresistible aquel mismo á quien se quería subyugar y combatir. Se encontraba pues ese plenipotenciario entre el peligro de una guerra funesta, ó una contradicción pagada á peso de oro... ¿Cuál debía ser su elección?.. Y por último, decía él, nada se ha perdido. Por su parte no había obrado sino conforme con lo imprevisto, lo extraordinario de la situación, tomando con Napoleón nada más que empeños condicionales, y sometidos á la ratificación de su corte con expresión más formal que nunca. Las cosas por lo mismo se hallaban sin compromiso alguno. Si pues había tanto aliento como se cacareaba, si el punto de honra se sentía tan escocido, si en fin, tan callada se mantenía la codicia al interés como se suponía, con no ratificar el ajuste de Schoenbrun quedaba todo salvado. No podía cogerle de nuevas á Napoleón; ya se le tenía prevenido de que pasando á tratar sin las necesarias instrucciones, era y pudiera ser el trato nulo. Se estaba en el caso de optar entre admitir el Hannóver, ó declararse en guerra con el emperador de los franceses. La posición de la Prusia era por consiguiente la misma que cuando trataba en Schoenbrun, con más la ventaja de haber ganado el mes de tregua que conceptuó necesario para la organización del ejército prusiano.

Tal fué el lenguaje de Mr. de Haugwitz, y no exagerado sino en un solo punto, en sostener que se había visto en la alternativa de aceptar el Hannóver ó la guerra, pues fácil le hubiese sido el reconciliar la Prusia con Napoleón sin aceptar el Hannóver. No hay duda en que Napoleón habría desconfiado de una reconciliación hecha á medias, y que desde la desconfianza á la guerra no quedaba larga distancia; pero no era eso solo lo que á Mr. de Haugwitz le reprendían sus enemigos; argüíanle además diciendo: Que si en Viena hubiese frecuentado algo más á los plenipotenciarios austriacos, formando causa común con ellos, mejor habría podido barajar las exigencias de Napoleón, y sin necesidad de desertar tan ostensiblemente los intereses europeos ajustados en Potsdam, ó haberlos desertado de un común acuerdo.—Pero todo eso suponía una negociación colectiva; y Napoleón estaba tan opuesto á ella, que el haber insistido en tal empeño fuera lo mismo que provocarle á la guerra. La guerra, de todas suertes la guerra contra un adversario tan tremendo, y la guerra antes del término prescrito para fin de diciembre, contra la expresa voluntad del rey, y contra los intereses más positivos de la Prusia, las únicas cosas que Mr. de Haugwitz pretendía haber tenido muy presentes en Schoenbrun.

Semejante posición era embarazosa; pero mucho más para los adversarios de Mr. de Haugwitz que para este

personaje cuya imperturbabilidad por otra parte, cuya cachaza y donaire bastaran para triunfar de todos los cargos, aun cuando verdaderos hubieran sido sus desaciertos, que no lo fueron.

Por eso Mr. de Haugwitz sin que le importaran los dicitos con que se le perseguía, y aun sin insistir tampoco en que se adoptase el tratado, como hubiera podido hacerlo cualquier otro encargado amante de su propia obra, siempre pagaba con que se estaba en plena libertad, y que en la mano se tenía la elección; pero porque sabía muy bien por cuál cosa se había de optar entre el Hannóver y la guerra. Los apuros procedentes de las contradicciones de la política prusiana, á cargo de los demás los ponía Mr. de Haugwitz, no reservándose para sí sino es la honra de haber retraído su país á la línea de la cual nunca hubiera debido apartarse. ¿Qué ventura la de ese ministro si firme se hubiese mantenido en esa línea, si después no saliera desconcertando esa situación con inconsecuencias que labraron su ruina, y por poco no hicieran también la de su patria!

Los exaltados de buena ó mala fe, existentes en Berlín, decían que ese don del Hannóver era una pura perfidia con que se ponía á la Prusia en una guerra eterna contra la Inglaterra, y se aseguraba la ruina del comercio nacional; que por otra parte se compraba ese don á expensas de provincias bellísimas y afectas á la monarquía desde tiempo inmemorial, como lo eran Cleves, Anspach y Neufschatel. Pretendían que la Prusia aún salía perdiendo con haber cedido una población de trescientos mil habitantes entre Anspach, Cleves y Neufschatel, por el Hannóver que contaba novecientos mil. En sentir de aquellos hombres la negociación pudiera haber sido tolerable en aceptando el Hannóver, sin ceder en cambio ni un palmo de tierra, y aún alcanzando todavía algunas otras posesiones, como por ejemplo las ciudades anseáticas, en cuyo caso nada hubiera habido que decir. Pagada la traición de esa manera, ya valía la pena; pero ¿qué valía el Hannóver una vez que ya le tenían á su disposición? Como quiera, añadían ellos, es una deshonra para la Prusia; se la cubre de oprobio ante todas las naciones de la Europa; eso es entregar la Alemania, la patria común, á manos extranjeras. Más especiosas eran esas últimas quejas; pero se podía contestar á ellas diciendo, que más reprehensible fué la conducta observada en el último repartimiento de la Polonia, y no menos vituperable el que recientemente se acababa de hacer de las indemnizaciones germanas. ¿Por qué entonces nadie alzó la voz contra el escándalo?

Los hombres juiciosos, que eran muchos entre los acaudalados de Berlín, ya que no se hicieron eco de tales vocinglerías, tenían sin embargo que las represalias de la Inglaterra costarían caras al comercio del país, se dolían del descrédito de la Prusia, y sentían en el alma el triunfo que las armas francesas acababan de alcanzar sobre las alemanas; pero tenían sobre todo el que se empeñase la guerra con la Francia.

En el fondo, ese mismo era el sentimiento del rey, cuyo corazón era el de un alemán patriota y moderado, pero que andaba vacilante entre consideraciones diversas. Indecible cuál fuera su pesar del desacuerdo que había cometido en Potsdam, desacuerdo que le costaba

una dolorosa inconsecuencia, la sola que se le podía echar en cara contra el rico presente que Napoleón le otorgaba. A más de eso, aunque nada tenía él de cobarde, consideraba la guerra como uno de los mayores males; veía en ella la ruina del tesoro de Federico consumido por su padre en locuras, y restaurado por él con esmerada solicitud, aunque ya se había comenzado á resentir con los gastos del último armamento; en una palabra, la sagacidad que el temor despierta en muchas ocasiones, le dió también á entender que de la guerra pudiera salir sobre todo la ruina de la monarquía.

Así Federico Guillermo no cesaba de suplicar á monsieur de Haugwitz que le ilustrase con sus consejos; siendo siempre la respuesta de este diplomático, que no había sino optar entre el Hannóver y la guerra, aun cuando pensaba por su parte que toda guerra contra Napoleón no podía ser sino preludio de una catástrofe; que por mucho que se baladronara, en nada desmerecían las armas austriacas y rusas de las armas prusianas, y que éstas no saldrían más agueridas que aquéllas, ni acaso tanto, sobre todo siendo entonces tan novicias en los campos de batalla.

Se resolvió, pues, la convocación de un consejo compuesto de los principales personajes de la monarquía, como Mr. de Haugwitz, Mr. de Hardenberg, Mr. de Schullemburgo, y los dos jefes más ilustres del ejército, el mariscal Mollendorf y el duque de Brunswick. Tratóse en aquel consejo el punto en cuestión, pero sin repriminaciones ni pasiones palaciegas, y bajo el inapeable y eterno argumento de Mr. de Haugwitz, reducido á que se podía rehusar el Hannóver, resolviéndose á la guerra. Fué preciso ceder á la necesidad, y se encontró un término medio, esto es, el peor de todos cuantos se pudieran haber hallado. Acéptese el tratado, se dijo, pero con ciertas modificaciones. Combatió Mr. de Haugwitz ese condicional con toda la entereza de su carácter, diciendo que si á favor de las circunstancias obtuvo él en Schoenbrun el que Napoleón le alargara el Hannóver, de seguro no se sacaría en el día igual partido, y menos cuando por medio de las enmiendas hechas en el tratado no querría ver el emperador de los franceses sino un nuevo triunfo del partido enemigo de la Francia; concluyendo por renunciar de una vez y para siempre á la alianza prusiana, para tratar luego á la Prusia como se lo pidiera el antojo, y que viéndose ya libre del compromiso de una ratificación condicional, pondría á la monarquía en la necesidad de aceptar ajustes mucho peores ó la guerra.

Vanas fueron todas esas razones. Se supuso que con aquellas enmiendas, buenas ó malas, salvo quedaba el honor de la Prusia, ya que por medio de ellas se acreditaba que no á Napoleón incumbía exclusivamente el derecho de dictar los tratados. Ese razonamiento, aunque tan pobre, no dejó de ilusionar al mayor número, porque buena necesidad tenían de ilusiones, y por tanto se adoptó el pacto con diversas enmiendas.

La primera de esas enmiendas ponía muy en claro el pensamiento de los que las habían concebido, no menos que el mal paso en que se veían envueltos. Se borraba del tratado la calificación de *ofensiva y defensiva* dada á la alianza contratada con la Francia, á fin de parecer ante el gabinete ruso menos avergonzados, y luego se deslindaba por medio de comentarios el caso

en el cual sería necesario el hacer causa común con la Francia. Se pedían además explicaciones respecto á lo que se pensaba hacer en Italia en vista de las últimas ocurrencias, proyectos que debían hacer parte de las garantías recíprocas estipuladas en el tratado de Schönbrun, siendo la idea el no aprobar formalmente lo que se iba á ejecutar en Nápoles, es decir, el destronamiento de los Borbones, clientes y protegidos de la Rusia.

Querían decir esas enmiendas que con todo de verse en la necesidad de entrar en la política de la Francia, lejos se estaba de adoptarla leal y francamente, y sobre todo que no les convenía esta política hasta no haber explicado las razones de su conducta á las cortes de Viena y de San Petersburgo. Se enseñaba con demasiada claridad esa intención para suponer que en París se había de interpretar de una manera favorable. Todavía se añadieron otras enmiendas menos honrosas que las anteriores. Verdad es que no se pusieron por escrito en el nuevo tratado; pero á Mr. de Haugwitz se le confió el cargo de exponerlas verbalmente. He aquí en qué consistían. Tratar de obtener el Hannóver sin haber de sacrificar el Anspach, que era la única concesión de algún importe entre las exigidas por Napoleón, y que formaba el patrimonio de la casa de Brandeburgo. Ver además si al Hannóver se le añadían las ciudades anseáticas, conquista preciosa por su importancia mercantil; con lo cual parecería satisfecha la codicia de la nación prusiana, se lograría acallar el grito del honor, y desarmar de una vez el enojo de la opinión pública.

Esas fueron las disposiciones con que se recurrió á Mr. de Laforest, plenipotenciario de la Francia y encargado por lo mismo del canje de las ratificaciones; pero ese ministro conocía demasiado á fondo el carácter de su soberano para haber de prestarse á ratificar un tratado al cual se habían añadido tantas y tales enmiendas. Negóse, pues, á ello rotundamente; mas se le instó tanto, fué tal la persistencia de Mr. de Haugwitz pugnando para que quedara el gabinete de Berlín, atado de pies y manos, salvo de sus continuas inconsecuencias, y sobre todo á cubierto de las sugestiones de los enemigos de la Francia, que Mr. de Laforest consintió en ratificar el pacto modificado *sub spe rati*, precaución usada en la diplomacia siempre que desea de jar libre y en reserva la voluntad del soberano.

Era, pues, preciso volver á París para la aprobación de esos nuevos rodeos de la corte de Prusia. Como pareciera que Mr. de Haugwitz no había sacado mal partido negociando con Napoleón, en ese ministro se puso de nuevo la mira para que volviese á Francia á fin de conjurar la tempestad que se temía. Mr. de Haugwitz se negó durante algún tiempo al desempeño de semejante misión; pero al cabo hubo de resignarse á las reiteradas instancias de su rey, y ponerse en camino para París á fin de habérselas de nuevo con el negociador coronado y victorioso que había tratado en Schönbrun, y hacia el cual había adelantado no pocas expresiones alabaradas y obsequiosas con ánimo de que le acogiera menos mal de lo que él se prometía.

En cuanto llegaron á oídos de Napoleón esas últimas miserias de la política prusiana, vió lo que debía ver, que salía aquella potencia con nuevas debilidades en obsequio de los enemigos de la Francia, con nuevos esfuerzos para vivir bien con todo el mundo, y eso sin

perder de vista cualquiera ventaja que en ocasión oportuna pudiera encontrar en sus tratos con Napoleón. Por consiguiente ya empezó éste á mirar semejante política con menos consideración que antes, y lo más desastroso para la Prusia, como igualmente para la Francia, desesperó de una vez y para siempre el logro de una alianza con la corte de Berlín. Añádase á esto que Napoleón ya estaba por su parte pesaroso de lo que había otorgado en Schönbrun, y en efecto, fué obrar con demasiada ligereza eso de conceder el Hannóver, no porque pudiera haberse puesto en mejores manos que las de la Prusia, sino que disponer de este país de un modo tan definitivo, era enconar más y más la guerra con la Inglaterra; aumentar sobre los mares intereses inconciliables, no menos que sobre el continente, porque el anciano Jorge III antes habría consentido en la pérdida de las más ricas colonias inglesas que en la de su patrimonio germano. Supuesto que por siempre y para siempre se hubiese de mantener implacable la Inglaterra, y que no había de haber más medio que la fuerza para amansarla, indudablemente se debía tratarla sin miramiento alguno, y con razón se disponía del Hannóver, cimentando una alianza poderosa, sincera, y á propósito para hacer imposible toda liga continental; pero ese supuesto no tenía entonces ningún viso de verdadero. No se hablaba de otra cosa sino de un gran desaliento de parte de los ingleses; de que no andaba lejos la muerte de Pitt; que probablemente le sucedería Fox en el ministerio, y acaso ocurriría un cambio inmediato en el sistema político. Así es que Napoleón, con conocimiento de las últimas disposiciones de la Prusia, ya no pensó sino en que las cosas volvieran á su antiguo ser y estado, es decir, en restituirle el Anspach, Cleves y Neufchatel, recogiendo el Hannóver para disponer de ese país según las circunstancias lo pidiesen. Fuera culpa de los hombres, ó ya de los sucesos, lo cierto es que á la altura á que las cosas habían llegado, nada tan juicioso como el restituirse unos á otros lo que se tenían dado, y seguir sus relaciones sin ninguna intimididad. Con recobrar el Hannóver se procuraba Napoleón un medio de tratar un día con la Inglaterra, aprovechándose de la única ocasión que iba á ofrecérsele para poner fin á una guerra funesta, y causa permanente de la guerra universal.

Tal fué su primera idea, y ojalá la hubiese seguido. Consecuentes con esa idea fueron las instrucciones que transmitió á Mr. de Talleyrand. Ante todas cosas quiso que Mr. de Haugwitz le creyera mucho más irritado de lo que realmente estaba por el porte que la Prusia acababa de tener con la Francia; encargándole además que se declarase enteramente fuera de compromisos, quedando con la libertad de recobrar el Hannóver para ponerle por prenda de la paz con la Inglaterra, ó de empezar nuevos ajustes con la Prusia á fin de concluir con ella un tratado más lato y también más sólido (1).

(1) Traducimos aquí el pliego de Napoleón á Talleyrand para que se reconozca con entera exactitud el pensamiento de aquél.

A Mr. de Talleyrand.
París, 4 de febrero de 1806.

La muerte de Mr. Pitt ha exigido un cambio total en el ministerio de la Inglaterra. Mr. Fox ha sido encargado de la secretaría de Estado, y deseo que esta misma noche me vengaís con una nota redactada bajo el punto de vista siguiente:

Llegó Mr. de Haugwitz á París el 1.º de febrero; desplegó ese ministro toda cuanta habilidad poseía, y no era pequeña, así en presencia de Mr. de Talleyrand como en la del emperador. Hízoles comprender los apuros de su gobierno colocado entre la Francia y la Europa coligada, mas inclinado siempre en favor de la primera, pero arrastrado tal vez hacia la segunda por intrigas de palacio, intrigas cuyo origen convenía comprender y disimular. Representó al gobierno de Berlín obligado á corregir á duras penas el desacierto cometido en Potsdam, y necesitando por lo mismo de que se le apoye, de que se le estimule con ciertas consideraciones de parte del gobierno francés. Hízose pasar tan perfectamente por el único hombre que en Berlín se esforzaba para poner la Prusia con la Francia, y se decía en tal supuesto tan merecedor de que la benevolencia de Napoleón le ayudara en la empresa, que este último consintió desgraciadamente en que se renovara el tratado de Schönbrun, aunque con cláusulas mucho más onerosas que las que acababa de rehusar el rey Federico Guillermo.

No es mi ánimo el forzaros á un acomodo, dijo Na-

«El infrascrito ministro del despacho de Estado ha recibido de S. M. el emperador la orden terminante de poner en conocimiento de Mr. de Haugwitz, en su primera entrevista con él, que S. M. no pudiera considerar como existente el tratado concluído en Viena, una vez que no ha sido ratificado dentro del término prescrito; que S. M. no reconoce á ninguna potencia, y menos á la Prusia que á las demás, ya que la experiencia ha demostrado cuánto importa el explicarse claramente y sin rodeos, el derecho de modificar y de interpretar, según su interés, los diferentes artículos de un pacto; que no se debe llamar un canje de ratificaciones el poner dos textos distintos en un tratado, y que la irregularidad parece aún mayor si se atiende á las tres ó cuatro páginas que como por memoria añade la Prusia antes de venir á la ratificación; que Mr. de Laforest, ministro de S. M. con cargo del canje de las ratificaciones, sería muy reprehensible si por sí mismo no hubiese hecho entender á la Prusia esa irregularidad; pero que lejos de eso no había aceptado el canje sino con la condición de reservar al emperador el aprobar ó reprobar.

»El infrascrito está por lo mismo encargado de declarar que S. M. no aprueba aquella ratificación condicional, atendiendo á la religiosidad debida á la ejecución de los tratados.

»Pero de paso también S. M. ha recomendado al infrascrito que declare igualmente lo mucho que ha deseado siempre el que las disensiones ocurridas en estas últimas circunstancias entre la Francia y la Prusia se terminen amistosamente, y que subsista como hasta aquí la buena armonía con que ambas potencias se han correspondido. Aun desea S. M. que si el tratado de alianza ofensiva y defensiva fuese compatible con los demás compromisos de la Prusia, subsista entre los dos países, y robustezca su unión.»

Esa nota que cuidaréis de entregarme en esta misma noche, se podrá entregar mañana en la primera conferencia, y fuera toda suerte de pretextos, porque en esta ocasión no dejaré á vuestro arbitrio la oportunidad de entregarla ó no entregarla.

Sobrado repararéis vos mismo que en obrar así llevo dos miras; quedar libre de contratar mi paz con la Inglaterra, si salen ciertas dentro de pocos días las noticias que tengo, ó concluir con la Prusia un pacto más extenso.

Procurad explicaros con entereza y con claridad, que luego os queda tiempo para disculpar de viva voz tales y tales expresiones, suavizándolas, modificándolas, no parando, en fin, hasta persuadir á Mr. de Haugwitz que todo ello no es sino el resultado de mi carácter resentido en cuanto á la forma, pero en el fondo tan inclinado en favor de la Prusia como siempre. Mi opinión es que en las actuales circunstancias, si saliese cierto que Fox ha subido al ministerio de Estado, no debemos ceder el Hannóver á la Prusia, á no ser consecuencia de un gran sistema, y tal que pueda ponerlos á cubierto del temor de que hayan de continuar las hostilidades. (N. del A.)

poleón á Mr. de Haugwitz; antes estoy dispuesto á que volvamos las cosas á su estado antiguo, es decir, recogeré de nuevo el Hannóver, y os quedaréis con el Anspach, con Cleves y Neufchatel. Mas si hemos de tratar, si yo he de otorgaros el Hannóver, no será ya bajo las condiciones en que habíamos convenido, porque exigiré además la promesa de que habéis de manteneros aliados fieles de la Francia. Si de mi parte se pone francamente la Prusia, ninguna liga europea tengo que temer, y sin liga europea que me embarace, yo abatiré el orgullo de la Inglaterra; pero no sacrificaré yo el Hannóver sin haber adquirido esa certidumbre, que sólo de ese modo es como yo estaré convencido de haber obrado muy juiciosamente con concederos aquel país.

Razón tenía el emperador en todo menos en un punto, esto es, en hacer pagar á la Prusia el Hannóver con nuevas compensaciones, cuando al contrario hubiera debido hacerle ese don con cuanto desprendimiento convenía, porque los buenos y leales aliados son aquellos que quedan contentos y satisfechos. Mr. de Haugwitz, que sinceramente deseaba la unión de la Prusia con la Francia, prometió á Napoleón todo cuanto éste le exigía, y lo prometió con todas las apariencias de la mejor fe. Tras esas promesas soltó con mucha maestría tal cual insinuación sobre la ligereza con que Napoleón trataba á la Prusia, y sobre la necesidad que había de tener algún miramiento por la dignidad del rey, desde luego por ser rey, ya que tímido, no poco susceptible y colérico en el fondo; y en segundo lugar por la de la nación y del ejército tan identificados con el monarca, y tan poco sufridos cuando les parecía que se les habían negado las debidas consideraciones. Decía además aquel ministro que la violación del territorio de Anspach, sobre todo, había dado margen en este punto á un descontento harto sensible, y puesto á la nación de parte de la corte en las manifestaciones que acarrearón el deplorado tratado de Potsdam.

Justas eran esas reflexiones y sobrado evidentes, pero si la Prusia sentía la necesidad de que le guardaran consideraciones, Napoleón no quería tenerlas con ella sin que se le contentara, esperando á que se le dieran pruebas de estima para corresponder del mismo modo. He ahí dos dificultades que hasta entonces no se habían podido vencer; ¿saldrían allanadas con el nuevo acomodo? Harto increíble parecía desgraciadamente.

Se extendió, pues, un nuevo ajuste más explícito, mucho más estricto que el primero. Se le entregó el Hannóver á la Prusia de una manera tan formal como en Schönbrun, pero bajo la condición de que había de ocuparle inmediatamente y á título de soberana. Por precio de ese don una nueva y grave carga se le imponía á aquella potencia, reducida á cerrar á los ingleses el Wéser y el Elba, y cerrarlos con rigor tanto como el que observaron los franceses mientras guardaron el Hannóver. A más de eso concedía la Prusia los mismos países que había concedido en Schönbrun, esto es, el principado franconio de Anspach, los restos del ducado de Cleves situados á la derecha del Rhin, y el principado de Neufchatel que formaba uno de los cantones de la Suiza. Había en el tratado de Schönbrun una cláusula ventajosa para el rey de Prusia, y se borró ahora esa cláusula en beneficio del rey de Baviera. En virtud del primer tratado, el principado franconio de Bareuth con-